

Poliedros, fronteras y cenicientas

Gabriela Valenzuela Navarrete



NO SOY AJENA A LA DISCUSIÓN que se ha dado recientemente sobre la participación de las mujeres en el mundo editorial en general. Tampoco niego que exista, en muchos medios e instituciones de todo tipo, la preferencia para contratar los servicios de los hombres por encima de las mujeres. Sin embargo, hasta ahora, creo que he sido de las afortunadas que nunca se han sentido discriminadas por el hecho de ser mujeres; por el contrario, mis trabajos han sido publicados por asociaciones mayoritariamente masculinas, como Bibliófilos Taurinos de México, cuya lista de títulos en el año 2000 incluía sólo a dos mujeres entre sus autores. La primera vez que publiqué con ellos fue en 1998, cuando tenía apenas 21 años.

No olvido, por supuesto, que las polémicas son lo que abona los campos para la crítica, tanto periodística como académica, pues esta última suele sacar de ellas pistas de hacia dónde dirigir sus ojos científicos en busca de las pruebas duras que le son tan caras. Por eso, en la discusión que se dio hace pocos meses respecto de las “cuotas de género” en las revistas culturales, no me extrañan las opiniones de ninguno de los participantes.

A pesar de que personalmente prefiero a los toreros varones sobre las mujeres (sin dejar de reconocer el valor de Hilda Tenorio o de Maripaz Vega), me enoja, y mucho, la aseveración de Luis González de Alba en *Milenio* (“¿Cuotas de género?”, 4 de octubre de 2010) de que hay actividades exclusivamente masculinas

como el fútbol, el box, la lucha... o las publicaciones. Gabriela Damián, en *Nexos* (“De pena ajena, mi rey. Respuesta a Luis González de Alba”, diciembre de 2010), reconoce la existencia de espacios editoriales en los que los hombres no discriminan a las mujeres, y mi apuesta, quizás excesivamente optimista, es por que esos espacios se multipliquen cada vez más y dejen de ser espacios de propiedad masculina.

Un último punto en esta especie de *mea culpa* que creo necesario señalar a la luz de lo que diré después es que nunca he sido entusiasta estudiosa de la “literatura femenina”. Leo constantemente a escritoras consagradas como Mónica Lavín, Cristina Rivera Garza, Rosa Beltrán, Ana Clavel y tantas más; por interés profesional y por gusto personal, me mantengo al tanto de lo que publican las más jóvenes, como Orfa Alarcón, Eunice Mier, Brenda Lozano o Isaura Contreras, y, entre mis escritores de cabecera, están Marguerite Duras, Marguerite Yourcenar y hasta Louise M. Alcott. Además, admiro profundamente el trabajo de investigadoras como Ana Rosa Domenella o Gloria Prado sobre escritoras del siglo xx; sin embargo, el membrete de “literatura femenina” o “narrativa femenina” (por limitarme esencialmente a mi área de especialidad) me parece sólo eso: un membrete dado por la crítica para acercarse a un grupo de escritores, igual a otras etiquetas como las de “narrativa del desierto”, el “Crack”, la “Onda” o, más recientemente (y más discutida), la “Generación de los setenta”.



Una vez más aclaro mis afirmaciones: son etiquetas necesarias, incluso indispensables, para los críticos. Sin ellas, la historia de la literatura mexicana no sería sino una larga lista árida de nombres y fechas. Y estas etiquetas, además, suelen traslaparse, como en este caso, ahora que he dado esta larga vuelta para hablar de cuentistas mexicanas nacidas en la década de los setenta o, incluso, de los ochenta, es decir, las jóvenes más jóvenes.

Hace no mucho tuve que hacer una brevísima selección de cuentos escritos por autores nacidos en los setenta para un proyecto académico. El requisito central, además de la edad de los autores, era que los textos desafiaran las formas de lo que llamamos cuento. Al inicio, quise ser equitativa y elegir tantos hombres como mujeres, pero al fin, ellas fueron eliminadas: sólo el cuento de Julieta García González “La ciudad en órbita” (*Los mejores cuentos mexicanos de 2006*) era realmente experimental; todos los demás, si bien muy buenos, eran más tradicionales y no cuestionaban las fronteras del género. “La ciudad en órbita” desafía la concepción del cuento en muchas maneras: no tiene personajes formales, el narrador no es tanto un narrador-protagonista como una voz de enunciación, y, en el cuento, no hay realmente una trama o una anécdota, menos aún un clímax; su naturaleza depende, totalmente, del pacto de lectura que establecemos como lectores al abrir un libro que anuncia en su título los mejores *cuentos*. Por lo demás, tenemos más bien la sensación de estar leyendo una crónica sobre los años en los que se pusieron de moda los centros comerciales y los bazares.

De lo dicho por Luis González de Alba, sólo coincido con él en una cosa, y eso porque así me lo han demostrado los cientos (literalmente) de cuentos que tuve que leer: los hombres asumen actividades más riesgosas y, en el cuento, eso parece incluir escribir relatos que desafían las concepciones tradicionales del género. Esto no es algo tan nuevo: ya la antología de Lauro Zavala *Relatos mexicanos posmodernos* (2005),

que incluye en general a autores consagrados (desde Augusto Monterroso hasta Francisco Hinojosa), sólo tiene dos textos escritos por mujeres: “Una familia feliz”, de Martha Cerda, y “¿Saben ustedes lo que es un detalle?”, de Bárbara Jacobs. Ésta es, justamente, una antología dedicada a los cuentos experimentales. ¿Quizás es la prueba definitiva de lo que encontraremos en cualquier otro libro de cuentos que abramos? Dar una lista de esos cuentos que parecen no ser cuentos es algo relativamente sencillo: “Misa fronteriza”, de Luis Humberto Crosthwaite, que imita la estructura de la misa católica; “De fornicationis angelorum”, de Guillermo Vega Zaragoza, y “CC”, de Heriberto Yépez, que tienen estructura de ensayo; “Una carta muy íntima”, de Lazlo Moussong, que hace del oficio burocrático todo un género; “Reglamento transitorio para los últimos días”, de Jorge Volpi, en el que el autor retoma su formación de abogado al proponer, justamente, un reglamento. Lo raro es que estén escritos por una mujer.

Una vez más, preciso: no estoy diciendo que las mujeres sean malas cuentistas, o “menos buenas” que los hombres; simplemente son diferentes. Ellos son más experimentales; ellas, más tradicionalistas; ellos, más agresivos; ellas, más intimistas. Tal vez, a últimas fechas, han sido más notorios cuentarios de varones como Antonio Ortuño (*La señora Rojo*) o Carlos Velázquez (*La marrana negra de la literatura rosa*), pero eso no quiere decir que las mujeres se hayan quedado atrás.

No podemos dejar de mencionar algunas antologías que se han hecho para agrupar exclusivamente a cuentistas mujeres, como las que compartieron en su título la palabra “atrapadas”: *Atrapadas en el erotismo*, de Beatriz Escalante, *Atrapadas en la cama*, *Atrapadas en la casa* y *Atrapadas en la madre*, de Beatriz Espejo y Ethel Krauze, y *Atrapadas en la escuela*, de Mónica Lavín. Ésta, incluso, parece una tendencia fuerte en escritoras nacidas antes de los setenta, lo que no resulta extraño si consideramos que justo ellas son los símbolos de la narrativa femenina, tan en auge desde los



noventa. Sin embargo, entre las cuentistas setenteras, la propensión a hacer antologías exclusivamente para mujeres no es ya tan tentadora, aunque hay tres títulos que vale la pena comentar.

El primero de ellos es *Siete de setenta* (Themis, 2002), antología que reúne narradores nacidos entre 1970 y 1979, formados en la UNAM, la Sogem y alguna casa de cultura. Contiene cuentos de José García-Candás y Carlos Tejada Wriedt, pero lo particular de este título, el primero de muchos en reunir a los “jóvenes narradores setenteros”, es que eligió a ocho mujeres y sólo a los dos varones mencionados. De ellos, el nombre que quizá se ha hecho más conocido es el de Eunice Mier, quien en estos días estará presentando su primera novela, *Intacto*. Ya desde entonces los editores señalaban las obsesiones generacionales que los títulos de todos los setenteros se han encargado de apuntalar: la soledad, el desamor, la desesperanza

Otro de estos títulos colectivos exclusivamente femeninos fue *Usted está aquí* (Jorale Editores, 2007), coordinado por Julio Ortega y resultado del Foro de Novísimas Narradoras de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2007. El mismo Ortega reconocía que estas selecciones por género correspondían a un discurso que en esta época se antoja reivindicacionista y, simplemente, justificaba su decisión de llamar sólo a narradoras para ese foro con una declaración contundente: “Hoy la mejor narrativa en nuestra lengua la están haciendo ustedes”. De esas ocho cuentistas, tres reconocemos con frecuencia en otras antologías o por libros individuales: Mayra Luna, Magali Velasco y Vivian Abenshushan.

Decían los editores de *Siete de setenta* que estos libros generacionales con el tiempo se convertirían en el feliz recuerdo de los inicios de las carreras literarias de algunos autores y en tímidos testimonios de simples aspiraciones en otros casos. Algo así pasó con *Cuentos de fulanos contados por zutanas* (Praxis, 2003). Mario Rey alababa la novedad que habían conseguido las cinco narradoras en el enfoque del tema más traído

y llevado en las charlas femeninas: los hombres; sin embargo, ninguna de las cinco ha trascendido como voz sólida entre las cuentistas en activo.

Trazar la historia literaria de otras escritoras con méritos suficientes para ser mencionadas en una panorámica como ésta implicaría revisar al menos una decena más de antologías, pero el espacio es breve y el tema inmenso. Quedan en el aire muchas preguntas que, quizá, no nos corresponde ya sólo a los literatos responder: ¿será que realmente hombres y mujeres somos diferentes, no sólo como lo propone John Gray en su libro sobre marcianos y venusinas, sino como han demostrado estudios recientes que probaron que nuestros cerebros son radicalmente distintos? ¿Será que estas diferencias nos hacen más tendientes a la experimentación, en el caso de los hombres, y a la preservación de la tradición, en el de las mujeres? ¿Será que, a final de cuentas, sí se puede hablar de una “literatura femenina” y una “literatura masculina”, no sólo desde un punto de vista literario, sino desde una realidad médica y fisiológica?

No soy la más calificada para responder estas preguntas. Tal vez, en el corto plazo, serán la medicina y la neurolingüística y todas las neurociencias las que respondan estas cuestiones. Prefiero, por ahora, aprovechar esta oportunidad para mencionar a algunas de las cuentistas que a mi entender más han sobresalido a últimas fechas: Vivian Abenshushan, Guadalupe Nettel (que ha sabido tratar con certeza el desgaste de la relación de pareja), Nadia Villafuerte (que, frente a los narradores de la frontera norte, ha trasladado su atención a la otra frontera, la del sur), Liliana Pedroza, Eve Gil, Paola Tinoco (las dos últimas han explorado variantes angustiosas del tema de la Cenicienta) e Iris García (que en un texto como “Poliedros conjugados” se vale del juego con los tiempos para explorar nuevos ángulos narrativos). Quede pues esta brevísima reflexión sobre el cuento escrito por mujeres nacidas en los setenta como una invitación a descubrir las historias en sus páginas. ■